

NOTAS SOBRE METAFISICA MARXISTA

Santiago Echeverría

RESUMEN

En este artículo se ofrecen algunas ideas importantes para caracterizar la metafísica marxista. El autor observa que aunque Marx no trató de forma específica la metafísica, sin embargo, a lo largo de toda su obra aparecen afirmaciones importantes que definen lo real. Por eso la concepción marxista no se reduce a una simple metodología, sino que es una explicación objetiva de la estructura económica y de la realidad social. Para efectuar estos discernimientos se hace necesario proceder al análisis de la totalidad histórica, concibiendo toda formación económico social como momento constitutivo de esa totalidad.

Esta perspectiva de totalidad distingue determinadamente el método y la teoría económica marxista de las de los clásicos. Además, esta perspectiva procede y mantiene un vínculo orgánico con la noción marxista de realidad económica. Parte ella misma de una totalidad histórica dentro de la cual constituye un elemento determinante. El autor subraya los puntos esenciales de la epistemología marxista: praxis y conciencia, la economía clásica y la metafísica marxista frente al materialismo mecanicista y frente a Feuerbach.

1. Introducción

Pretendemos en este artículo destacar algunas ideas que permitan caracterizar la metafísica marxista. Es cierto que la obra de Marx no destina una de sus partes al tratamiento de la metafísica, con lo que hay que reconocer la no existencia de una formulación articulada y sistemática en torno a este asunto. Sin embargo, a lo largo de su obra aparecen afirmaciones de importancia que comportan una definición de lo real. Si bien es cierto que Marx no procede a elaborar una metafísica formalmente planteada a la

manera de Hegel, no es menos cierto que en él encontramos juicios que responden directamente a la pregunta acerca de lo real. Es por eso que la concepción de Marx no se reduce a una simple metodología, una mera versión cientificista acorde a las tendencias positivistas difundidas ampliamente durante todo el siglo pasado y conservadas hasta nuestros días. La teoría de Marx constituye la explicación objetiva de la realidad social y de su estructura económica debido a que consigue determinar aquellas condiciones y factores fundamentales en el desarrollo histórico de las fuerzas productivas y sus correspondientes re-

laciones sociales, lo cual implica en sí mismo tomar el punto de vista de la totalidad. Marx establece las leyes económicas que rigen el modo de producción capitalista, pero situándolo en la totalidad histórica de la cual es la consecuencia y la expresión más desarrollada. Marx, a diferencia de los llamados economistas clásicos, descubre que el modo de producción capitalista es una formación económica cuyas fuerzas productivas obedecen a la acumulación llevada a cabo en las etapas formativas antecedentes, con lo cual logra poner de manifiesto que la moderna sociedad capitalista, por muy peculiar que parezca en virtud de su poder transformador, no sólo comparte premisas de fondo con todas las sociedades precedentes, sino que al mismo tiempo viene a ser la expresión más desarrollada de las mismas. Pero para efectuar estos descubrimientos es necesario proceder al análisis de la totalidad histórica, o mejor aún, concebir a toda formación económica social como un momento constitutivo de esta totalidad.

Esta perspectiva de la totalidad histórica propia del pensamiento marxista le permite palpar y señalar adecuadamente el límite estructural que comporta el modo de producción capitalista y por el cual genera en su propio seno, como elemento intrínseco a su funcionamiento orgánico, las fuerzas y condiciones que se orientan a su superación histórica. Es sólo comprendiendo a la formación capitalista como una totalidad concreta, portadora de sus propios límites, como Marx consigue rebasar la visión y los criterios, y por tanto, los resultados, de los economistas clásicos, quienes presos en la norma científicista positivista que propugna una labor puramente descriptiva, particular y analítica, se situaban "en el interior" de la estructura capitalista. Su objeto consistía estrictamente en la explicación del mecanismo económico imperante en la sociedad de su momento, en exponer el funcionamiento de sus partes y las leyes o regularidades que ésta presenta; pero la índole puramente positiva de este conocimiento les impidió llegar al cuestionamiento de las premisas sociales y la naturaleza histórica de esas partes, lo mismo que de las leyes que rigen su comportamiento. En otras palabras, resultó incapaz de dar cuenta del fundamento social contradictorio de la estructura. Si las teorías de los economistas ingleses (Smith y Ricardo) enfocan y presentan las relaciones de

producción capitalistas como si sus condiciones fuesen universales, comunes a toda otra formación social es decir, como independientes de los cambios y por tanto ahistóricas, ello se debe a que ese tipo de teorías, al carecer de la perspectiva de la totalidad, pasan por alto la particularidad, tanto histórica y estructural, de la formación económica que estudian.

Es la perspectiva de la totalidad lo que distingue en forma decisiva al método de la teoría económica marxista con relación al método de los clásicos. A esto hay que añadir que esta perspectiva procede y mantiene un vínculo orgánico con la noción que Marx adquiere acerca de la realidad económica, de acuerdo a la cual las fuerzas de producción y todos los factores que integra el proceso económico condicionan y son condicionados por relaciones sociales determinadas, que a su vez tienen que ver con la instauración de un orden político, jurídico y cultural. En una palabra, en esta noción el proceso económico aparece formando parte de una totalidad histórica concreta, dentro de la que ciertamente constituye un elemento determinante; pero por sí mismo, cuando sólo se investiga su funcionalidad factual, resulta ser una esfera abstracta, un estrato fragmentario que al abordarse sólo desde sí mismo suscita la falsa apariencia de un todo autosubsistente, y de este modo oculta su contexto social real (lucha de clases) y su génesis histórica. También, es preciso tener claro que la diferencia de alcances entre las concepciones clásica y la marxista no obedece a una simple deficiencia teórica en el caso de la primera. La diferencia tiene que ver con la realidad fetichizada del proceso social capitalista, así como con el hecho de que Marx tuvo oportunidad de asistir a un estadio más desarrollado del proceso capitalista en el que su constitución contradictoria cobraba efectos y manifestaciones de mayor envergadura. Pero esto no es todo.

Ocurre que para alcanzar una comprensión objetiva de la totalidad del proceso capitalista, para llegar a detectar su límite estructural y anunciar la posibilidad, también objetiva, de su transformación, es necesario situarse en dicho límite y enrolarse de modo consciente en la empresa de su transformación. Y aquí nos vemos precisados a subrayar puntos esenciales de la epistemología marxista. Véamoslos.

Las cosas reales, humanas o no, tienen como determinación metafísica central la de ser resultado de una producción, de ser modos históricos de producción.

2. Praxis y conciencia

La novedad de Marx estriba en que ofrece una alternativa radicalmente nueva frente al materialismo vulgar, fundado en el sensualismo y el mecanicismo. Las "Tesis sobre Feuerbach" representan el punto de partida que habrá de permitirle tomar distancia definitiva frente a las convicciones ingenuas que afirman una realidad material dada, absoluta e independiente de acuerdo con la evidencia sensible inmediata, y sentar las bases de una comprensión dialéctica de lo real, fundada en la naturaleza activa y contradictoria del conocimiento y de lo conocido.

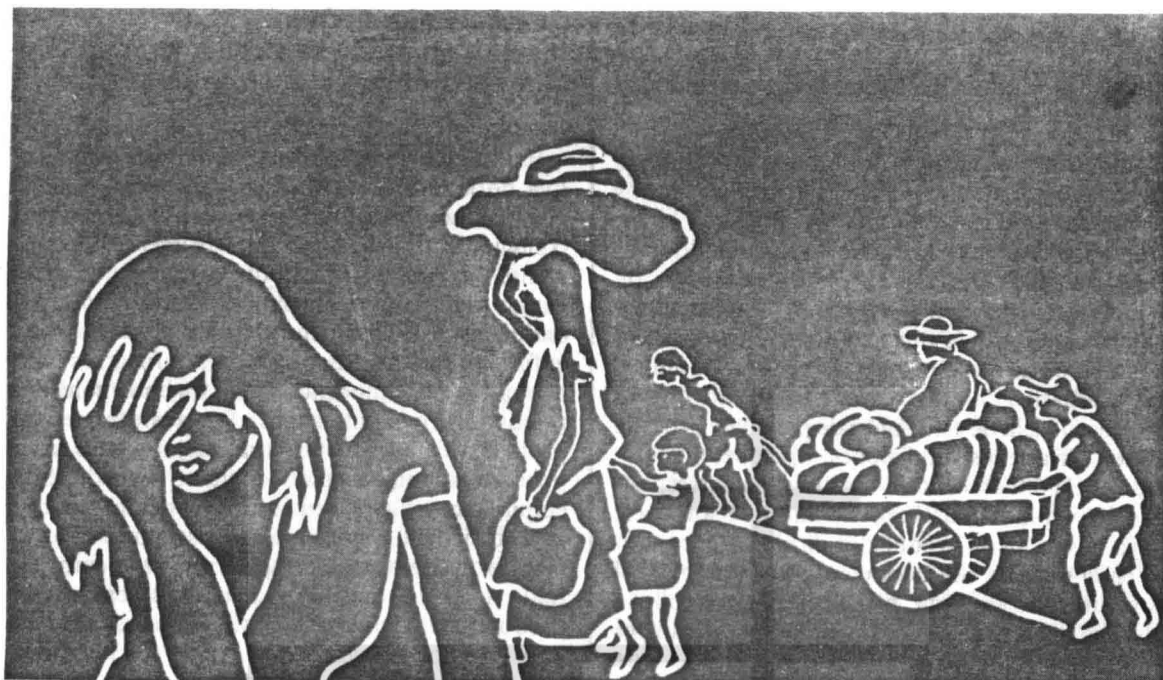
Cuando Marx pone de relieve, en contraposición con Feuerbach, que el conocimiento no es en rigor una captación directa e inmediata sino una producción propiamente dicha, tiene lugar el advenimiento de una perspectiva radicalmente discrepante del materialismo anterior. Ese materialismo tradicional exige de principio un supuesto no sometido a prueba que se hace valer como condición fija e insustituible para toda posibilidad de un conocimiento objetivo: la existencia inalterada de la cosa material, de un mundo anterior y autónomo, que figura como una norma o modelo invariable del conocimiento mismo que por su parte viene a ser verdadero o falso según reproduzca con mayor o menor fidelidad al objeto de referencia, cuyo carácter material reside por tanto en el hecho de acreditarse como previo e independiente. Se trata de un supuesto no probado por cuanto que lo consignado por el conocimiento no da constancia de aquel sustrato, es decir, no puede atestiguar el carácter previo e independiente que quiere adjudicársele, sino que sólo ofrece, a lo sumo, alguna noticia acerca de su existencia actual. Pero además ocurre que la cosa consignada por el conocimiento está lejos de ostentar esa firmeza e invariabilidad que se presumen respecto del objeto llamado material. Ya en el nivel más elemental de la percepción, lo conocido se halla afectado por muy diversas modificaciones, al punto que la "cosa" percibida es en realidad una multiplicidad de determinaciones que carecen de la suficiente univocidad y homogeneidad como para presumir la existencia de una entidad constante e independiente. El materialismo tradicional da por sentado lo anterior y con ello el conocimiento queda definido como captación o "reflejo" de la cosa dada y preexistente. Pero esto es precisamente lo que Marx rechaza:

La falla fundamental de todo el materialismo anterior (incluyendo el de Feuerbach) reside en que sólo capta la cosa (**Gegenstand**), la realidad sensible, bajo la forma del objeto (**objekt**) o de la contemplación (**Anschauung**), no como actividad humana sensorial, como práctica; no de un modo subjetivo*.

Marx, frente al materialismo tradicional, afirma que el conocer es una actividad objetiva cuyo principio de validez estriba en el grado y capacidad de intervenir en la producción de su objeto. Así, la objetividad del conocimiento no proviene de la hipotética pre-existencia de un objeto autónomo e independiente, sino que reside en la posibilidad de apropiarse de lo real, lo cual se lleva a cabo de modo más efectivo a través de la transformación de lo real mismo. La objetividad en el materialismo anterior se fundaba en una premisa dogmática; por su parte, la dialéctica marxista pone al descubierto que la objetividad se encuentra fundada y determinada por el contenido mismo del conocimiento, en la medida en que éste último no se halla referido a un objeto exterior con el cual tenga que compararse, sino que constituye un elemento orgánico del objeto real. En el primer caso se trata de una relación extrínseca, entre entidades recíprocamente extrañas, pues la cosa que de antemano se nos presenta como una instancia en sí misma conformada hará que nuestro conocimiento se desenvuelva como una captación ajena a aquél, por lo cual está condenado a ser superficial, es decir, simple "reflejo" o reproducción de lo dado, tal como lo ilustra el caso del anillo que deja su huella en un pedazo de cera, propuesto por Aristóteles: por más exacta que sea la huella recogida por la cera, en ella no tenemos más que la forma exterior del anillo; eso es cabalmente lo que ocurre con el conocimiento planteado en esta perspectiva. Por lo que hace al caso de Marx, la objetividad no es una relación de concordancia sino una capacidad efectiva que se comprueba a través de la producción de su objeto. El conocer se postula como actividad transformadora.

Este aporte esencial de Marx se concreta en la noción de praxis. Concebido como praxis, el conocimiento deja de aparecer bajo la forma de función ejercida por un sujeto o un objeto, y hasta se llega a poner en claro que ambos términos (sujeto-objeto) no son entidades sustanciales que

* Marx-Engels. **Ideología Alemana**, México: Edic. de Cultura Popular, 1976, pág. 225.



adoptaba la tradición como punto de partida, sino elementos integrantes y en cada caso reciprocamente influyentes que surgen y se delimitan en el seno de la actividad histórica concreta. El conocimiento abandona su apariencia de acto intelectual o de captación sensible para poner de relieve su génesis real que se localiza en el proceso de producción de aquello que se conoce. Queda así invalidada la hipótesis de un objeto previo e independiente. El verdadero objeto es el que forma parte integrante de la experiencia concreta y que es susceptible de ser transformado en el transcurso de ésta. De ahí que el conocimiento, entendido como praxis histórica objetiva, produzca su propio objeto, o bien, que el objeto es el contenido intrínseco del conocer.

Recíprocamente, esta actividad formativa no sólo se halla referida a la cosa conocida, sino que engloba y define en igual medida a aquél, que se erige en sujeto del conocimiento. Así como la dialéctica destruye el mito de un objeto aislado y ahistórico, también destruye la imagen de un sujeto constituido de una vez por todas, invariable y dotado de facultades definitivamente consolidadas, las mismas para todo tiempo y lugar.

Gracias a la concepción de praxis, Marx pone de relieve que el sujeto es también una produc-

ción histórica, que incluso su constitución natural se transforma a medida que por medio de su trabajo logra cambiar sus condiciones de existencia. En virtud de ello, el sujeto cognoscente es un modo de conocer históricamente determinado en cada caso. Sus propiedades y orientaciones tienen que ver directa e indirectamente con la forma y el grado en que se apropia del mundo. Precisamente en razón de que el conocer no es una esfera marginal del hacer, o mejor dicho, en razón de que hacer y conocer son dos elementos orgánicos de la praxis, es que las posibilidades y el modo de conocimiento se encuentran en todo momento ligados a los alcances y al desarrollo registrado en la transformación de la realidad histórica.

En resumen, sujeto y objeto equivalen a producciones históricas que por desprenderse de un mismo proceso mantienen una conexión recíproca, con lo que queda destrozada la apariencia de ser entes preconstituídos e independientes. Pero, por otro lado, la dialéctica de Marx rompe con el materialismo anterior en lo referente a la naturaleza social del sujeto que conoce. Uno de los elementos más comunes de todas las doctrinas pre-dialécticas es que parten de un sujeto singular y aislado. Debido a ello, el análisis del conocer estipulaba el comportamiento experi-

El acontecer natural, por encima de la apariencia, es un mundo real no en razón de que sus determinaciones permanezcan iguales a sí misma, sino en función a que en cada caso se presentan como determinaciones en proceso.

mentado por el individuo, como si este pudiese explicarse por sí mismo y fuera idéntico en todos los casos. Se trataba de una investigación en un ente abstracto cuya estructura y contenido eran vistos fuera del proceso histórico productivo, de tal manera que como resultado se obtenía la descripción de un esquema formal que no decía nada en cuanto a esclarecer el conocer efectivo. La alternativa de Marx comienza por advertir la improcedencia de este punto de partida y procede a mostrar que las condiciones, opciones y contenidos del conocimiento no sólo tienen correspondencia con la realidad social, sino que son parte de la misma y son producidos en ella, y por tanto es en el seno de ella donde cobran sentido. Si el conocimiento es una producción desarrollada históricamente, entonces el sujeto involucrado es de índole social y no singular, puesto que toda realización histórica sólo corre a cargo de fuerzas sociales, o lo que es lo mismo, una totalidad concreta integrada sobre la base de relaciones sociales de producción y clases sociales delimitadas por el papel que desempeñan en el proceso productivo. El sujeto social es algo radical y cualitativamente distinto al mero agregado de individuos, como tampoco es comparable con un puro concepto genérico que fungiría como idea regulativa. El individuo real es en sí mismo social, tanto por lo que toca a su origen como por los contenidos o determinaciones que lo conforman (lenguaje, costumbres, valores, ideales, etc.), y aún sus comportamientos más elementales e inmediatos tienen una contextura social concreta.

Ahora bien, esta diversidad histórica intrínseca a los modos de conocer no cae en un relativismo inevitable, como sugiere el historicismo. Precisamente porque todo conocimiento está condicionado por la realidad histórico-social en que es engendrado, ocurre que todo conocer es históricamente superable, y esto en sentido estricto dialéctico, es decir, mediante una negación que conserva y produce resultados cualitativamente distintos a partir de lo negado.

Esta superación no tiene lugar en el plano de la deliberación teórica, la cual bien puede tener eficacia respecto de contenidos particulares pertenecientes a un modo de conocer, pero no acerca de los modos de conocer entre sí, los cuales ne-

cesitan de la transformación igualmente cualitativa de la praxis histórica en que se sustentan. Así, los hombres primitivos tuvieron un cierto conocimiento del fuego que difiere sustancialmente del nuestro, y esta diversidad no consiste en que uno se haya consolidado con mayor cantidad de experiencias, sino en el modo de conocer el fuego. Para aquellos hombres el fuego es algo animado por comportamientos que hoy consideramos míticos, fantásticos. Pero este no es un problema de falsa conceptualización como tampoco de un inadecuado contacto inmediato o empírico con dicho elemento, sino de un momento histórico en que la praxis registra un grado limitado de desarrollo, respecto al momento actual. A medida que se incrementa la capacidad productiva de las formaciones sociales, o lo que es lo mismo, a medida que los grupos humanos se apropian prácticamente de la realidad natural, ésta es conocida con mayor objetividad. La comprensión mítica es superable en conformidad con la posibilidad de intervenir en el proceso de producción del fenómeno u objeto, y más aún, de propiciar su transformación. El relativismo del conocimiento es rechazado en función al desarrollo histórico objetivo de la praxis en la que el conocer figura como elemento constitutivo. Nuestro conocimiento del fuego no sólo supera al antiguo en cuanto a la multiplicidad de aspectos o manifestaciones, sino también en cuanto hemos adquirido el dominio de sus condiciones de producción e incluso porque hemos establecido otras nuevas, no dadas en el orden natural, que nos permiten provocarlo y transformarlo de acuerdo con fines específicos. De aquí que la pauta para la verificación de un desarrollo del conocimiento no sea un código de categorías teóricas o una noción preconcebida acerca de la meta a que deba tender la actividad cognoscitiva en su despliegue histórico, sino el desarrollo histórico experimentado por la praxis como criterio fundamental.

Todo lo dicho hasta aquí no son sino implicaciones contenidas en la tesis de Marx según la cual es el ser social el que determina la conciencia. A esto hay que añadir que la validez de la misma estriba en que ser social y conciencia son, en todos los casos, elementos intrínsecos y orgánicos de una totalidad histórica concreta.

3. Marx y la economía clásica

Decíamos que para alcanzar una comprensión objetiva de la totalidad del proceso capitalista, para llegar a detectar su límite estructural y esbozar la posibilidad de su transformación, era preciso situarse en dichos límites y enrolarse de modo consciente en la empresa histórica de tal transformación. Aquí se plasma el aporte filosófico fundamental de Marx, sólo que ahora cristalizado en su propia labor teórica. El conocimiento es una determinación orgánica de la praxis y su objetividad está cifrada en el modo y el grado en que intervenga en la penetración activa de lo real, el cual logra una verificación estricta en la realización del cambio de aquello que en cada caso sea su objeto. Conforme a esta concepción de la praxis se revela que la actividad, que había sido ignorada por el materialismo tradicional, no es puramente subjetiva, tal como lo había postulado el idealismo, sino que, visualizada en la totalidad concreta a la que pertenece, comporta una base objetiva y se halla en todo momento determinada por ésta, aunque de manera compleja y multívoca. Comprendemos el mundo de acuerdo con la forma en que nos apropiamos objetivamente de él.

Entonces, una explicación teórica, científica del proceso económico consigue descubrir los límites estructurales de la formación económica que estudia si y sólo si entre los presupuestos de su planteamiento se encuentra la finalidad de superar dichos límites, es decir, si la teoría elaborada se inscribe en el proyecto histórico práctico de transformar aquello que explica. Solamente en el caso de que se busque transformar lo dado como objeto de conocimiento, el conocimiento mismo está en condiciones de elevarse hasta el hallazgo de dichos límites, pues en otro caso el conocimiento mismo sigue otro curso, toma a su objeto como un hecho realizado, consumado, del que basta rendir un informe en torno de la operatividad de sus notas. La pregunta por los límites no llega a ser propuesta, sino que ya de raíz queda suprimida la posibilidad de captar su verdadera realidad, puesto que sin la perspectiva de cambio carece de sentido preguntar por el extremo de una realidad cuando la indagación está encaminada solamente a describir su factualidad inmediata. Hay, pues, una diferencia esencial de perspectivas: por un lado, se trata de aclarar el cómo acontece algo; por otro, se busca explicar el cómo se transforma ese algo. Al ser el conocimien-

to una determinación orgánica de la praxis, se hace evidente que el sentido y los alcances de la teoría están dictaminados por el modo como se asume la relación con el objeto real, o dicho de otra manera, por las expectativas histórico-prácticas que presiden la actividad cognoscitiva, por el modo de apropiarse el objeto conocido.

Así, la concepción marxista del proceso económico capitalista resultó capaz de consignar los límites y la base contradictoria del mismo en virtud de que sus premisas teóricas se hallaban en correspondencia con la alternativa de transformar esta formación económica de manera radical y revolucionaria, esto es, superar su contradicción estructural. En cambio, la economía clásica se encuentra orientada por prácticas ajenas a toda transformación. Puede decirse, por tanto, que la elaboración teórica comporta una intencionalidad práctica, de la cual depende el enfoque o ángulo de incidencia, los principios y categorías, así como el tipo de conclusiones arrojados por aquélla.

La doctrina marxista rebasa los alcances teóricos de las precedentes y llega a determinar las condiciones contradictorias del modo de producción capitalista en virtud de que se inscribe en la alternativa trazada por las fuerzas sociales que en sí mismas eran resultado de la realidad contradictoria que caracterizaba al capitalismo y cuyo desarrollo implicaba la superación objetiva de esa realidad. El descubrimiento de los límites estructurales a nivel teórico se halla condicionado por la posibilidad y la resolución práctica de llevar a sus límites las relaciones sociales de producción vigentes; el reconocimiento de dichos límites sólo llega a tener sentido para la explicación científica en la medida en que ésta última se mantenga en concordancia con la tendencia práctica que propugna por la transformación de la estructura económica contradictoria. La economía no marxista, tanto la clásica como la contemporánea, se diferencia de la marxista no en que carezca de intencionalidad práctica, sino en que esa intencionalidad no estriba en transformar el modo de producción vigente, sino en conservarlo. No importa que tal finalidad práctica sea pasada por alto en la exposición formal de la teoría, e incluso que sea "ignorada" por su formulador, o bien que éste declare hacer a un lado sus intereses prácticos cuando examina teóricamente el modo de producción; en cualquier caso permanece en pie la relación intrínseca del modo

de conocer y el modo de hacer. La economía clásica no estaba en condiciones de desentrañar la base contradictoria del proceso económico que examinaba ya que arrancaba del supuesto implícito de que las relaciones económicas existentes debían continuar existiendo, tanto es así que ni se plantearon la cuestión; se contentaron con describir su mecanismo y sus leyes.

La teoría de Marx se destaca y diferencia cualitativamente de las restantes, no en cuanto comparte una alternativa práctica expresa, sino por su amplitud y profundidad frente a las alternativas sustentadas por las otras teorías. La crítica fundamental que Marx hace a sus predecesores en el terreno de la explicación económica se refiere a la estrechez o limitación de sus premisas. Sus límites teóricos son los mismos límites objetivos del modo de producción que representa su objeto; los primeros son dictados por los segundos, aunque no en forma directa y lineal, como tampoco inexorable, ya que al propio tiempo el surgimiento de la concepción marxista es un ejemplo de que el modo de producción capitalista posibilita objetivamente identificar sus límites y, por tanto, concebir su superación a nivel teórico, en la medida en que su base contradictoria cobra manifestaciones más evidentes.

La finalidad o expectativa práctica que acompaña a la formulación teórica no se reduce a los afanes y estimaciones subjetivas voluntaristas de los individuos. En todos los casos se encuentra en dependencia con los factores que equivalen en última instancia al sustento y punto de partida de las finalidades individuales. Así, la alternativa práctica involucrada en la teoría económica marxista, la radicalidad que le permite situarse en los límites del sistema capitalista, se explican por el desarrollo de la base contradictoria de ese mismo sistema. De esta forma le fue posible ver que el objeto de que se ocupaba la economía clásica era una falsa totalidad, por cuanto dejaba fuera de sí su fundamento social. Y, en consecuencia, no manifestaba el carácter contradictorio de este fundamento. La descripción de los elementos y la funcionalidad del mecanismo de circulación e intercambio de que se ocupan los economistas clásicos no se extiende más allá del puro fenómeno económico, hace abstracción de las fuerzas sociales que actúan y se desarrollan dentro de ese mecanismo, y por tanto, está impedida para comprender la posibilidad histórica que tienen ciertas fuerzas sociales de transformar las relaciones sociales y las bases estructurales del modo de producción capitalista.

4. La metafísica de Marx

Hemos tocado la teoría económica marxista para mostrar que su carácter revolucionario obedece a su visión metafísica de la realidad como una totalidad. Esta noción de totalidad le permite comprender el fenómeno económico en el marco de las relaciones y fuerzas sociales que se desenvuelven en él. La teoría marxista no es una mera descripción técnica debido justamente a que la visión de Marx trasciende la manifestación inmediata del mecanismo económico y coloca el modo de producción capitalista en el horizonte de su determinación histórica, con lo cual puede ver con claridad sus límites estructurales y la posibilidad de su superación. Esta visión del proceso económico no puede sostener su validez si se la contempla al margen de la metafísica marxista, ya que ésta es la que aporta la noción de totalidad. La metafísica o filosofía de Marx está cifrada en la comprensión de la realidad histórica como totalidad, en la comprensión dialéctica de la misma, con lo cual se aparta de manera definitiva del materialismo anterior.

Quienes defienden la pureza de un Marx científico, pertrechado contra toda influencia filosófica no se dan cuenta que con este tipo de interpretación se retorna al modelo positivista de la ciencia, al esquematismo acrítico y ahistórico. Frente a esta postura hay que recalcar que el carácter revolucionario de la teoría económica marxista precede de la integración de una comprensión dialéctica de la historia y la economía política; de la filosofía y la ciencia. En una palabra, la teoría económica marxista, y los alcances más profundos logrados por ella se derivan de la índole revolucionaria de sus premisas metafísicas, de la definición dialéctica de la realidad y el ser histórico y de la objetividad de esa comprensión dialéctica.

En este sentido, la teoría económica formulada por Marx en **El Capital** presupone e implica la definición metafísica de la realidad histórica elaborada en las obras anteriores.

4.1. Marx y el materialismo mecanicista

El materialismo anterior a Marx es fundamentalmente ahistórico. La explicación que ofrece de lo real gira en torno al concepto de materia en base a la definición posible acorde a los progresos más notables de las ciencias físico-naturales del S. XVIII. El

mundo en su totalidad es igual al conjunto universal de los comportamientos de la materia orgánica e inorgánica. La ciencia daba cuenta de las leyes que rigen sus comportamientos, con lo cual, en definitiva, el progreso de las investigaciones físicas y biológicas podría llegar a rendir una explicación completa y satisfactoria de los procesos y dinámismos más complejos de la realidad, incluidos los de la realidad humana. El ser humano, desde la perspectiva de este materialismo científico, quedaba explicado hasta en sus comportamientos más característicos como operaciones derivadas de factores físicos y orgánicos. Para pensadores como Diderot el hombre es ante todo una especie viviente que constituye un eslabón más en la cadena infinita de los seres vivos. Asimismo, el origen de la vida social se desprendería de acontecimientos y causas naturales. El "contrato social", concertado por sujetos individuales que viven originalmente en un supuesto estado natural pleno, se lleva a efecto por motivos de supervivencia; es, por tanto, un hecho posterior y derivado que compete a entes naturales ya constituidos como tales y que, por consiguiente, habrán de anteponer sus necesidades naturales a todo su proceder social. El orden biológico natural se hace valer como realidad originaria y como sustento de la realidad social.

La realidad social resulta ser una extensión de la realidad biológica, sin ver la diferencia cualitativa entre ambas realidades de modo que los dos ámbitos obedecen al mismo tipo de leyes y condiciones.

La realidad en su totalidad es vista en esta perspectiva como igual a la materia en sus diversos niveles de acontecimientos regidos por las leyes físicas y biológicas. El mecanicismo que domina todos los planteamientos de esta orientación metafísica se torna más claro a propósito de la definición del ser humano. El materialismo del S. XVIII permanece fiel en este punto a las concepciones racionalistas y empiristas, las cuales comparten en el fondo la idea de que el hombre es una máquina y que el conjunto de sus comportamientos obedecen a una causalidad mecánica, incluso por lo que respecta a su experiencia cognoscitiva. La realidad humana queda sujeta a la misma regularidad determinista que la ciencia naciente asignaba a la realidad natural. El hombre es, en sentido estricto, una cosa, una especie particular y determinada de organismo natural, que se define a través de las facultades y órganos de que se compone. Es, pues, una entidad sustancial dada de una vez por todas.

El materialismo de Marx se instala por



El objeto del que se ocupaba la economía clásica era una falsa totalidad al dejar fuera de sí su fundamento social.

encima del materialismo mecanicista en la medida en que deshecha el tipo y el sentido de la definición metafísica sustancialista, esto es, en el momento en que el ser humano deja de ser un organismo dotado de notas y rasgos definitivos. En su lugar, Marx habrá de definir al hombre como un modo concreto e históricamente determinado de actividad material. Tal determinación histórica significa que es éste un modo de actividad que modifica y desarrolla las condiciones mismas de su realización. El hombre es lo que hace, su realidad no consiste en otra cosa que no sea la forma en que se apropia y transforma el mundo objetivo que le rodea. Pero sucede que al transformar la realidad natural circundante está cambiando el marco de condiciones vitales que determinan su existencia inmediata y mediata; su actividad no sólo es referente a la objetualidad exterior a que se enfrenta, sino que refluye sobre sí misma de diversas maneras. Dicho lacónicamente: a la par que transforma el mundo objetivo se transforma a sí mismo, es consecuencia de su propia actividad. La realidad humana, vista en su definición marxista más exacta, es una producción histórica:

Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que comienza a producir sus medios de vida (...) al producir sus medios de vida el hombre produce indirectamente su propia vida material.*

Ahora bien, el producirse a sí mismo implica que el ser humano funda su propia temporalidad, la cual se halla referida a procesos, a formas productivas que implican negaciones, retrocesos, alteraciones y toda clase de posibilidades que aumentan de complejidad en proporción al desarrollo y potencialidad cobradas por las fuerzas productivas. Es, por tanto, una temporalidad no lineal ni unívoca, sino multidimensional y heterogénea; asimismo, no depende ni alude a objetos o entes ya constituidos, sino que

compete a procesos, actividades que dan lugar a secuencias distintas y complejas no reducibles entre sí. La diferencia de fondo estriba en lo que aparece como sujeto de la definición metafísica. En el caso del materialismo tradicional tenemos únicamente un ente natural, a un organismo determinado y conformado; una sustancia que posee una naturaleza eterna, igual en todos los individuos y todos los momentos. Por el lado del materialismo marxista nos encontramos con un proceso, una producción, que supera de diferentes modos su realidad, de tal manera que no se es lo mismo en los dos momentos del proceso, se desarrolla y llega a negar o a cambiar cualitativamente sus condiciones y determinaciones. La realidad del hombre es su producción, por lo que en cada momento no es otra cosa que el conjunto de fuerzas operantes y de posibilidades objetivas:

Tal y como los individuos manifiestan su vida, así son. Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo cómo lo producen.*

La única determinación constante del hombre es su capacidad productiva, pero incluso ésta se halla despojada de todo perfil estático, por cuanto se modifica y aumenta a fuerza de su propio desarrollo. Así, la definición del ser humano ha pasado de la categoría de sustancia a la de actividad. Pero también la concepción marxista se distancia de las formulaciones idealistas en cuanto que ve a la conciencia y toda suerte de conducta cognoscitiva como producto de la actividad productiva, la cual nunca deja de estar condicionada y mantiene una correspondencia orgánica y estructural con el mundo dado, esto es, con el conjunto de factores materiales con que se lleva a efecto.

Lo real está, pues, definido en Marx como proceso, como devenir; lo real equivale a producción. Las cosas reales, humanas o no, tienen como determinación metafísica central la de ser resultado de una produc-

* Marx-Engels: Op. cit., pág. 25.

* Ibidem, pág. 26.

ción, de ser modos históricos de producción. Cada cosa se halla en producción constante; incluso en su existencia actual e inmediata consiste en una actividad densa en relaciones e interacciones. Ahora bien, la distinción existente entre la realidad humana y las realidades puramente naturales se debe a la diferencia de cualidades de uno y otros procesos de transformación. Los procesos humanos son procesos que se verifican en el horizonte de la historia y se caracterizan por la posibilidad de superar las propias condiciones objetivas de que parten y por esta razón conforman en su interacción una totalidad concreta que se autoproduce y es capaz de multiplicar sus fuerzas.

Por el lado de las cosas físico-naturales, orgánicas e inorgánicas, la metafísica de Marx no adelanta nada. Esto a diferencia del intento llevado a cabo por Engels en **Dialéctica de la naturaleza**, trabajo cuyos planteamientos y conclusiones son del todo discutibles, cuando no insostenibles. Sin embargo, no es nuestro propósito ocuparnos de Engels cuyas diferencias teóricas con Marx son sustanciales, tal como lo ha demostrado contundentemente Lucio Colletti en su libro **El marxismo y Hegel**.^{*} Lo que nos interesa señalar es el aspecto que marca el rompimiento del materialismo marxista respecto del anterior. El pensamiento marxista rebasa el supuesto y la premisa sustancialista y muestra que la objetividad de las cosas reales no precisa de ningún sustrato eterno, sino al contrario, la cancelación de todo principio similar. La definición metafísica de lo real en su totalidad que Marx plantea rechaza toda presunta sustancia real que permanezca independiente e igual a sí misma bajo el conjunto de los procesos ocurridos.

El materialismo de Marx en el terreno de la metafísica se caracteriza por la misma premisa que más arriba quedó establecida respecto del problema epistemológico, a saber, la superación de las formulaciones sustancialistas. En efecto, el materialismo de Marx inaugura una nueva metafísica en la medida en que su definición de lo real no arranca de ninguna materia previa, absoluta y estática —tan fantástica e hipotética como

todo principio idealista—, sino de su eliminación. Así como el conocer llegó a determinarse como una actividad objetiva, como elemento constitutivo e intrínseco de la praxis, la realidad llega a definirse como devenir histórico, como producción en desarrollo que involucra la transformación y reproducción de sus factores y condiciones intrínsecas, de tal manera que constituye una totalidad sistemática, procesual y dinámica.

4.2. Marx y Feuerbach

La crítica de Marx y Feuerbach no se limita a la doctrina de la sensibilidad; va más allá hasta alcanzar la noción de materia. Esta crítica hace ver que con esa noción, fundamentalmente estática y abstracta, el pensamiento especulativo no es superado, sino ratificado. La concepción del “hombre” y la “naturaleza”, en Feuerbach, resultan ser el desarrollo teórico de principios especulativos, pues a la par de su empirismo inmediatista, Feuerbach tiene que hacer uso del racionalismo para extraer conceptos generales que generan en la realidad nuevas entidades especulativas y que reemplazan a las sustentadas por el idealismo anterior: en lugar de Dios o lo absoluto ahora tenemos la Naturaleza o el Hombre. Este paso, que encierra una contradicción, viene a ser el obstáculo de todo empirismo que tenga como criterio metafísico y epistemológico exclusivo a la experiencia inmediata. Ya que toda vez que la experiencia no aporta ni puede aportar más que determinaciones y contenidos singulares, no hay más remedio que postular un principio genérico que haga alusión a una entidad sustancial, un sustrato universal y eterno, llamado en este caso materia, que haga el papel de fundamento de las determinaciones inmediatas; de lo contrario, estas segundas aparecerían como suspendidas en la nada.

El único camino para eliminar los principios especulativos en la metafísica, consiste en acudir a sus bases reales, en poner de manifiesto las condiciones históricas reales que los producen. Esta eliminación no puede quedar reducida al terreno teórico o a la pura crítica de conceptos: precisamente en virtud de la conexión existente entre las ideas especulativas sobre lo real y las condiciones

* Cfr. **El marxismo y Hegel**. México: Edit. Grijalbo, 1977.

reales, se hace necesario la transformación histórica práctica de estas condiciones para lograr la supresión efectiva de principios especulativos.

El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento*.

Si la objetividad del conocer es una función práctica, ello se debe a que lo real mismo es un devenir, un proceso en desarrollo del que sólo podemos tener constancia interviniendo prácticamente en su comportamiento. Debido a que lo real es ya de por sí una actividad múltiple, unidad dialéctica de procesos interactuantes y en constante producción, el conocer no puede ser sino una apropiación objetiva, una transformación práctica de lo real. Esto significa que tanto el conocer como lo real constituyen una producción histórica y no una sustancialidad instaurada desde siempre. Feuerbach y el materialismo precedente hablan de la naturaleza y con ello creen apegarse a una instancia inobjetable y autosubsistente, a una realidad eterna previa a toda acción. Pero Marx tiene el acierto de advertir que la naturaleza real, lejos de ser una entidad definitiva y estática, es un conjunto de procesos físico-naturales en desarrollo, que son conocidos en el marco de la actividad práctica material de los hombres; por lo que los hombres logran reproducir y transformar estos procesos en un sentido histórico-práctico. La naturaleza es, en sí misma, histórica.

Por lo demás esta naturaleza anterior a la historia humana no es la naturaleza en que vive Feuerbach, sino una naturaleza que, fuera tal vez de unas cuantas islas coralíferas de reciente formación, no existe ya hoy en parte alguna, ni existe tampoco, por tanto, para Feuerbach*.

El acontecer natural, por encima de la apariencia es un mundo real no en razón de

- * Marx-Engels Op. cit., pág. 226.
- * Ibidem, pág. 74.

que sus determinaciones permanezcan iguales en sí mismas, sino en función a que en cada caso se presentan como determinaciones de un proceso. Su materialidad no viene dada por un sustrato previo desde el punto de vista metafísico, que funja como un sujeto preconstituido a los diversos acontecimientos. Por lo demás, en razón a lo apuntado antes, el modo como comprendemos la naturaleza comporta el mismo carácter histórico formativo. La afirmación de que el conocimiento es una producción histórica involucra el carácter histórico y el condicionamiento también histórico de la "conciencia" que conoce y del objeto conocido. El conocimiento es una producción histórica por cuanto consta de la producción del sujeto y el objeto que integran su contenido; sujeto y objeto, por tanto, no existen aisladamente ni entran en contacto eventual para llevar a cabo el acto de conocer, sino que constituyen determinaciones orgánicas de esta producción. Es, además, una producción objetiva, habida cuenta de que la fuente de su condicionalidad histórica en la realidad social particular y concreta en que se lleva a cabo en cada caso la producción de la conciencia; realidad que en modo alguno es una y la misma para todos los sujetos, sino que equivale a un cúmulo de fuerzas, factores, posibilidades diversas y contradictorias.

Los esfuerzos críticos de Feuerbach para combatir el idealismo de la filosofía clásica alemana, iban encaminados a mostrar que Dios o lo absoluto no son sino proyección, y por tanto una creación del hombre; pero con ello se obtenía como resultado el que la forma de lo absoluto, antes conferida al Dios teológico, pasará al dominio del hombre, con lo cual éste quedó absolutizado. El principio de lo absoluto, con todas las implicaciones de fondo que comporta, no era suprimido o superado, sino, al contrario, confirmado; pero ahora en el expediente de "el hombre". Consecuentemente con este procedimiento, el materialismo feuerbachiano se entregaba a la tarea de definir la "esencia humana" con el fin de elevarla por encima de las sustancias teológicas. Así, dicha esencia humana se presenta ahora como la nueva entidad absoluta. Marx habrá de poner en claro que el referido "hombre" jamás ha entrado en la realidad, la cual no registra



Como todo conocimiento está condicionado por la realidad histórico-social en la que es engendrado, ocurre que todo conocer es históricamente superable, y esto en sentido dialéctico estricto, es decir, mediante una negación que conserva y produce resultados cualitativamente distintos a partir de lo negado.

otro tipo de sujetos que los pueblos concretos, cuya particularidad y principio de realidad están dictaminados por los factores materiales de su existencia: su intercambio práctico con los elementos naturales, su apropiación de éstos y la creación de nuevas necesidades en conformidad con el desarrollo de las fuerzas productivas acumuladas y actuantes. La base material aquí referida no es un estrato fijo, inmediatamente dado e igual a sí mismo desde toda la eternidad, sino la vinculación orgánica de las determinaciones prácticas de la realidad social, las cuales, precisamente en razón de su interacción, se hallan en desarrollo y sometidas a transformación. Así como la esencia religiosa es una elaboración ideal de la esencia humana, según muestra la crítica de Feuerbach, la esencia humana constituye la elaboración abstracta y especulativa de la existencia histórica social y de sus factores reales condicionantes.

Feuerbach resuelve la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales*.

Como se ve en el texto anterior, la objeción de Marx a Feuerbach no consiste en que el motivo de su atención sea el descubrimiento de una esencia humana, sino que ésta no sea comprendida en su naturaleza histórica, en su génesis objetiva y en el marco de condiciones materiales concretas de las cuales no puede ser separada en ninguna ocasión. No se trata de impugnar en principio la consideración referida a la esencia, sino el de denunciar que dicha consideración permanece atrapada en el sentido teológico tradicional, esto es, que la esencia una vez más queda concebida como sustancia preexistente e in-

* Ibidem, pág. 227.

mutable, previa y marginal al devenir real histórico. En una palabra, es la falta de historicidad y de desarrollo objetivo lo que la dialéctica materialista de Marx pone de relieve como la falta fundamental de las teorías en cuestión.

5. Conclusión

Este señalamiento que hemos hecho es importante en cuanto nos deja ver la diferencia fundamental entre la metafísica de Marx y la metafísica tradicional. La oposición no radica en la invención de nuevas categorías, sino en el estatus otorgado a las mismas: mientras que la metafísica tradicional está abocada a proclamar

mediante diversos términos un fundamento estático de lo real y una dualidad insuperable entre este fundamento y el horizonte del devenir real, la metafísica de Marx, la dialéctica, se propone rebasar tal dualidad y mostrar que el fundamento de lo real, aparte de carecer de toda inmutabilidad y preeminencia, es aquello que se produce en el devenir de lo real. Y aquí está precisamente la novedad del pensamiento filosófico de Marx: es la definición de la totalidad de lo real a partir de lo real mismo, superando el estatismo y reafirmando la dinamicidad de lo real, entendida ya no como acaecer complementario y secundario, sino como producción y desarrollo de lo real en el ámbito de la realidad histórica.

